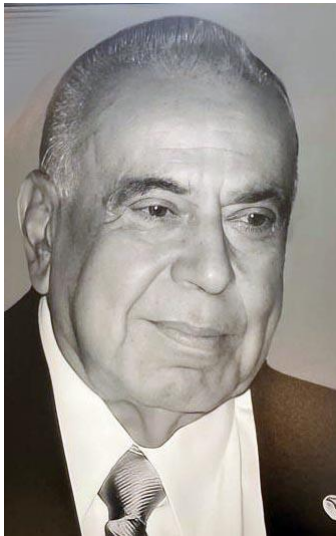


## A la memoria de Edgar Rentería Guerra



Frisaba los 20 años y era estudiante de medicina de la Central cuando tuve la suerte de conocer a Edgar V. Rentería G. en los pasillos del cuatro veces centenario Hospital San Juan de Dios, viejo y querido nosocomio que recibía a los jóvenes aprendices del oficio, para que pudieran contrastar la teoría aprendida en aulas, libros y revistas con la realidad que se manifestaba huidiza para quienes nos iniciábamos apenas en el arte de entrevistar personas, indagar antecedentes personales y familiares, escudriñar entre los síntomas descritos aquellos que constituían el meollo mismo de la enfermedad que les agobiaba; para continuar luego, con una tímida exploración que dejaba notar la escasa destreza para palpar con delicadeza el vientre dolorido de las personas o para auscultar los casi misteriosos ruidos de la respiración y de la actividad cardíaca. Todo lo mencionado permitía acopiar datos que escritos con tinta en un papel inocente y blanco, con letra manuscrita

inducía a los jóvenes aprendices a formular una hipótesis de la posible enfermedad que afectaba a hombres y mujeres procedentes, casi siempre, de los grupos más vulnerables de la sociedad y del país. Leer esas miradas, interpretar los ayes y los gestos nos enseña a interponer entre el doliente y el explorador altas dosis de ternura y comprensión.

Éramos felices, al fin y al cabo, nadie nos obligó a estudiar y estudiar tanto, nuestra terquedad nos había puesto donde estábamos, los desvelos, el insomnio, el sufrimiento ajeno convertido en propio, moldearon al carcelero del dolor, al médico en ciernes.

Los que éramos hicimos de la amistad un vínculo que se estrechó, hasta casi asfixiarnos de fidelidad y orgullo de pertenecer a un núcleo que se vislumbraba inacabable.

Edgar Vinicio era egresado, preparaba su tesis para presentarse a su grado doctoral, perito en despertar inquietudes y estimular investigaciones bibliográficas, afable, de sonrisa franca, ojos oscuros y vivaces, alegre cuando respondía al pedido de ayuda que le hacíamos llegar los aprendices que captamos su señorío cuando respondía con sobrada competencia las inquietudes y preguntas. Fue alfarero, alfarero que en sus manos tuvo a buscadores de remedios y ciencia para aliviar, no solo los dolores, sino también ansias, angustias y pesares. Un maestro de alcurnia, grande por su sencillez y nobleza, por su liderazgo docente, y también, por qué no decirlo, por su don de gentes, su humor sano y alegre al festejar algún acontecimiento institucional o de grupo, afinado para cantar pasillos y canciones de moda, era ágil para el baile y para el ecuavoley. Hinchó y dirigente de LDU me ganó, a mí hinchó del Aucas, en muchos de los superclásicos. Todo un tipazo, admirado y querido por quienes nos preciábamos de ser buenos muchachos y cariñosos seguidores de la madre superiora y las hermanas de la caridad que ejercían su apostolado en los distintos repartos del hospital.

Seguí su trayectoria y disfruté muy cerca de su amistad hasta cuando el camino se nos bifurcó porque me tocó atender estudios de especialidad. Los senderos sin embargo permanecieron iluminados por una amistad inquebrantable que dio frutos y dará muchos más con el paso del tiempo y los recuerdos.

Casado con Carmita Gangotena, mantuvo un hogar por más de medio siglo con sus hijos Mónica y Edgar y varios nietos. Supe servirle con diligencia y gratitud cuando me pidió que los atendiera. Fue un hombre feliz y apreciado en todos los ámbitos de su vida. Se demuestra esto cuando se lee en las redes sociales el pesar que ha causado su partida y la gratitud que consignan los centenares de alumnos que recibieron sus enseñanzas en los cursos de pre y

posgrado de medicina de la gloriosa Central del Ecuador. Nunca perdió su señorío ni su honradez docente y profesional, ni su ética irreductible y ejemplar.

Se nos va, se nos ha ido. Nuevos derroteros seguirán su alma y su espíritu. Transite con la humilde altivez de siempre, pocos como usted tienen derecho a una eternidad sin sobresaltos. Nosotros aquí quedamos atentos y solidarios con su familia, con sus hermanos Gerardo y Susana, ellos y nosotros sus amigos de siempre, del viejo y querido hospital San Juan de Dios, deudos también, quedamos compungidos, atribulados, doloridos, pero la certeza de los jubilosos reencuentros, nos mantendrá en paz.

Cuando llegue a los predios celestiales salude y abrace a Raúl Vaca Bastidas, Luis Cueva Sotomayor, Juan Sarrade Bahamonde, Germán Jaramillo Larrea, André Bravomalo Viteri, Antonio Orjuela Vergara y más amigos y maestros que se ganaron, como usted, un lugar de privilegio en esos lares gracias a un ejercicio profesional probo, bondadoso, pleno de calidez y de alto contenido humano.

Hasta muy pronto amigo: médico ejemplar, amigo del alma, amigo.

Quito, 8 de agosto de 2022